

curecido. (n. 24.) Nadie puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podéis servir á Dios y á las riquezas. Por esto os digo: No os acogejis por el cuidado de hallar de comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacareis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Acaso el alma no es mas que la comida y el cuerpo no es mas que el vestido? Mirad las aves del cielo como ni siembran, ni siegan, ni amontonan granos en las trojes, y vuestro Padre celestial las sustenta. ¿Por ventura, no valeis vosotros mucho mas que ellas? Mas ¿quién de vosotros, por mas que lo piense, puede añadir un codo á su estatura? Y por el vestido, ¿por qué os acogejais? Contemplad los lirios del campo cómo crecen; ellos no trabajan ni tampoco hilan. Mas os digo que ni Salomon con toda su grandeza llegó á estar vestido como uno de estos. Pues si al heno del campo que hoy es y mañana es echado en el horno, Dios lo viste así, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No queráis pues andar solícitos diciendo: ¿Qué comeremos ó qué beberemos, ó con qué nos cubriremos? Todos estos cuidados son propios de los gentiles. Porque vuestro Padre ya sabe que necesitáis de todas estas cosas. Buscad pues primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán como por añadidura.



PROLOGO DE SAN MATEO.

Comienza el Evangelio de San Mateo.

## CAPITULO IX.

CONCLUSION DEL SERMÓN DE JESUS EN EL MONTE; CONDENA LOS JUICIOS TEMERARIOS, Y AMENAZA A LOS QUE ASÍ JUZGAN A SUS PLÓTIMOS.—DA ADVERTENCIAS PARA EL CONOCIMIENTO DE LOS FALSOS PROFETAS.—E INDICA EL EMPENO QUE DEBEN FORMAR LOS HOMBRES PARA ENTRAR POR LA PUERTA ESTRECHA DE LA VIDA.—CONSEJO PARA EL CUIDADO DE LA SALVACION.

Muchos autores clásicos de la vida de Cristo, entre los que debe contarse al reverendo Ludolfo de Sajonia, intercalan en este admirable sermón de Jesucristo, según lo refiere san Mateo, varias doctrinas que este no cita y se hallan esparcidas en los capítulos VI, XI y XII de san Lucas, y en el IV de san Marcos. No entraremos en polémica con ellos sobre este asunto á beneficio de la brevedad, valiéndonos para refutar la narracion de algunos de la incontrastable autoridad de los santos Gerónimo y Agustín; sino que admitiendo en ella lo que parezca mas justo, seguiremos sin desvío la senda marcada por el respetable varón que nos hemos propuesto por modelo.

Después que Jesucristo exhortó tan eficazmente á sus discípulos á depositar toda su confianza en la divina Providencia, prohibiéndoles, no el trabajo que nos manda, sino los cuidados que perturban, las inquietudes y la solitud que daña, y la desconfianza sobre las necesidades de la vida, ordenándoles que tuviesen cuidado de re-

presentarlas todos los días á Dios, les mandó *que fuesen misericordiosos como su Padre lo es también*. Dios nuestro Padre se compadece de nosotros y remedia nuestras miserias y necesidades, no como si esperase alguna cosa de nosotros, sino por sola su bondad; significándonos con esto, que al remediar nosotros las necesidades de nuestros prójimos, no debemos hacerlo por nuestro bien, sino por el amor á su bondad y por el bien y salud de nuestros hermanos: el que por su comodidad y provecho propio hace bien al prójimo, no tiene caridad, porque en sus obras no busca la utilidad de aquel á quien debe amar como á sí mismo, sino la suya propia: Dios quiere que le imitemos en la misericordia, no en el poder; este le apeteció Luzbel y fué arrojado al infierno; quiere que le imitemos en la bondad, no en la sublimidad de los conocimientos que solo á él están reservados; ésto lo ambicionó el hombre y fué arrojado del paraíso; imprime en nuestras almas el sello de su misericordia, y quiere que seamos misericordiosos con nuestros semejantes como su Majestad lo es con nosotros; por esto escribía san Gerónimo á Nepociano: *No me acuerdo haber leído que haya muerto jamás de mala muerte el que se ejerció alegremente en obras de piedad: este tiene á la presencia de Dios muchos intercesores, y es imposible que no oiga Dios los ruegos de muchos.*

El Salvador enseñó á sus discípulos que de tres modos podia usarse la misericordia. No juzgando mal, ni pensando temerariamente de nadie, ni condenando á alguno con la misma ligereza y temeridad con que de él hubiésemos pensado; porque si no seremos juzgados y condenados en el tribunal divino, como acá en la tierra hubiéramos juzgado y condenado. Echad á buena parte lo que se puede interpretar bien, quiso decirles; no digais mal de lo que se puede excusar; no censuréis de aquellos que están á vuestro cargo. Si os apartáreis de estas obligaciones, sereis juzgados con rigor, pues Dios quiere aun aquí medir su conducta sobre la vuestra y hacer de vuestros juicios para con vuestros hermanos, regla de los que harán vuestro favor ó contra vosotros. Siendo jueces favorables para con ellos, lo encontrareis lleno de misericordia; y siendo críticos severos y censores sin piedad, os espera un juicio sin ella. Tomad pues en vuestra mano la vara recta, la medida benigna, porque con la que á

vuestro prójimo midiéreis, con ella sereis medidos también. Guárdate, decía san Bernardo [1], guárdate bien de ser curioso escudriñador ó juez temerario de las cosas, de las acciones y de las palabras de tus hermanos, y sea lo que fuese lo que en ellos adviertas, no les juzgues temerariamente, excúsales mas bien. Excusa la intencion si no pudieses la obra, y atribúyela á ignorancia: atribúyela á engaño ó equivocacion, reputa la casualidad, y si de ninguna manera pudiera disimularse ó disculparse el hecho, recógete á tu interior y dí en el fondo de tu corazon: ¿Cuán terrible sería la tentacion que derribó á mi hermano? ¿Qué hubiera sido de mí si con igual violencia me hubiese acometido? Y el Crisóstomo repetía [2]: No conviene ser un inexorable exprobador de los delitos, ni dejarse caer con insolente orgullo sobre el desventurado que cometió la culpa, sino avisarle con clemencia y ayudarle con sanos consejos. Si fueses sobradamente severo y juzgador temerario, entiende que ya no juzgas y condenas á tu prójimo, sino que á tí mismo te juzgas y condenas: tú obligas á la justicia divina á que tome contra tí la mas severa venganza, aun por tus faltas mas pequeñas. Tú diste la ley al Juez supremo para que con mas severidad sean examinados tus pecados, puesto que juzgaste sin commiseracion ni piedad los de tu prójimo. Conoce pues que estas son asechanzas y tentaciones diabólicas, porque el que severamente discute sobre la vida ajena, nunca, jamás merecerá el perdon de sus propios delitos.

El segundo modo con que enseñó el Salvador á usar de misericordia fué diciendo á sus discípulos: Excusad y perdonad las injurias que vuestro prójimo os hiciere, aunque no os parezcan excusables ni dignas de perdon; porque solo así sereis vosotros también excusables y dignos de que se os perdone; solo así usarán los demás de indulgencia con vosotros y tolerarán vuestros defectos. Y conociendo el Maestro soberano que no se necesitaba menos caridad para sufrir con paciencia las imperfecciones de sus hermanos y juzgar bien de ellos, que para socorrerlos en sus necesidades, les añadió el tercer modo de usar de misericordia, diciendo: Ved ahora la medida de que Dios se sirve en la distribucion de sus bienes; no es

[1] Bernard. Ser. 4 in Cantic.

[2] Div. Crisostom. Hom. 24 in Math.

como la de los avarientos, los ingratos y los hombres de mala fe. Es buena, grande, llena y superabundante, de modo que no se llena y aprieta bien, sino que se da con colmo y hasta que se vierte por los costados. De la abundancia del premio nos hace Dios cada vez mas liberales para hacer bien y usar de misericordia, pues por un vaso de agua que diéremos en su nombre ó en el de su discípulo, nos ofrece el premio de la bienaventuranza eterna: esta es *la medida buena*, porque es sobre la exigencia de nuestros merecimientos; y buena, porque es bueno su premio, esto es, sobre todo lo bueno, y que encierra en sí y comprende todo lo bueno y mejor. *Conforta*, esto es, llena, porque excede sobremanera lo condigno de nuestros merecimientos, pues llena de tal manera nuestra alma de celestial bienaventuranza, que nada le deja que no esté lleno de gloria. *Coagitada*, porque es sobre todo lo que se puede desear, y porque es firme y eternamente duradera. *Sobreabundante*, porque es infinitamente mayor que todo lo que se puede pensar, excediendo tambien infinitamente todos nuestros merecimientos, pues se nos da lo eterno por lo temporal, lo divino por lo humano; sin embargo de esto, es muy de admirar que diga la verdad eterna, que se nos medirá con la misma vara que midiéremos, esto es, que el premio es igual á la dádiva; mas esto significa la correspondencia que hay en el modo de hacer bien [1], porque aunque bien se hace, al que bien hace Dios premia con mas largueza y abundancia de lo que merecemos: premia no solo las obras, sino hasta las palabras, los alientos y los deseos, y segun cada una de estas cosas es mayor, es asimismo mayor la remuneracion que por ellas se nos da; mas esta grandeza no debe estimarse ó valuarse por el mérito exterior que se ve, sino por la grandeza del afecto interior con que se hace, por la elevacion del deseo con que se dirige, y por la sublimidad y magnificiencia del objeto á quien se eleva y representa: así aquella pobre viuda que echó dos dineros en el garzophilacio, echó mas segun el testimonio del Salvador, que muchos ricos que habian echado grandes sumas.

Quería Jesús mover á sus oyentes á aborrecer de todo corazon

[1] August. Serm. 15 de verb. Dni. cap. 10.

un vicio tan detestable, tan perjudicial y feo como era ese modo de juzgar y condenar temerariamente á su prójimo, y comparó las personas sujetas á él, á los que tienen los ojos enfermos ó les falta enteramente la vista, diciendo: ¿Si un ciego sirve de guia á otro ciego, y encuentra en el camino un hoyo ó un precipicio, no caerán ambos allí infaliblemente? Así como el discípulo no es mas sabio que el maestro que le enseña, tampoco el que es conducido ve mas que el conductor. Esto era expresarles enérgicamente su aversion á la falta de caridad, á la injusticia y al orgullo que entran en nuestros juicios temerarios: esto era condenar con vigorosa vehemencia el juicio que ordinariamente formamos acerca de aquel que nos ofendió, como antes habia condenado el rencor que se guarda contra el mismo ofensor. Nosotros no vemos sino la accion, no descubrimos sino su exterior; pero solo el que todo lo ve penetra la intencion y el motivo; y cuando nosotros no le hallamos sino para acriminar, tal vez el que pesa con su balanza justísima y fiel, los halla para excusar y aun para justificar á nuestro prójimo. ¿Y podríamos nosotros, ignorantes y ciegos, formar un juicio exacto sobre todo lo que observamos y vemos en nuestro prójimo? El que se erige en público censor de sus hermanos y se toma la licencia de juzgarles y censurarles, debe estar perfectamente exento de las faltas que en ellos reprende. El necio no puede enseñar al necio y dirigirle segun las reglas de la justicia, sino que es preciso que ambos á dos caigan en la hoya de la perdicion, en la hoya de la culpa, en la fosa del infierno. Cuando el pastor camina por entre las breñas, es consiguiente que el rebaño le siga al precipicio; esto fué lo mismo que si dijera á sus discípulos: De tal manera debéis obrar, que iluminando á los demás con vuestra doctrina y ejemplos, seais dignos de gobernarlos y conducirlos; no seais del número de los ciegos especuladores de la Sinagoga, porque es una cosa muy ridicula un especulador ciego, un doctor ignorante, un precursor cojo, un prelado negligente y unregonero mudo. Si tú pues que á los demás juzgas caes en las mismas culpas que en los otros condenas, ya eres un ciego que guías á otros ciegos. ¿Cómo podrás salvar á los otros si tú siendo maestro y doctor te precipitas?

Con otra semejanza no menos natural y hermosa anatematizó la

conducta de los fariseos y escribas que se tenían por santos, y les dió á entender de dónde provenia la gran dificultad que tenían en conocer sus propios defectos, cuando tan escrupulosamente notaban los de los demás. ¿Por qué os ingerís, les dijo, á buscar una paja en el ojo de vuestro hermano, y no veis una gran viga en el vuestro? ¿Gustais de reprenderlo sobre una falta ligera, y os disimulais y permitís á vosotros mismos los vicios mas groseros? Veis, ahí hipócritas, vuestro verdadero retrato y hasta dónde llega vuestra ceguedad. ¿Os parece que veis con bastante luz y que todos los demás están ciegos ó que andan á oscuras? Abrid los ojos alguna vez, volvedle s á vosotros mismos, curaos los primeros, y después procurareis curar á los otros. Lo que os impide ver el estado infeliz de vuestra conciencia, es una grande viga; esto es, un enorme pecado que ocupa vuestra alma y ofusca vuestra razon. ¿Ni cómo habreis de poder sacar tampoco la paja del ojo de vuestro hermano, si os falta la caridad, que es la principal medicina? Si la soberbia, la vanidad y el amor propio son los que llevan la mano, ¿cómo quereis que salga bien la obra? Obrando de este modo haceis padecer al prójimo y no le sanais; esto es, no le sacais la paja que tiene en el ojo. El amor propio siempre es necio, indulgente para sí y tirano para los demás; todo lo ve bajo un punto de vista falso, porque él mismo se constituye como el centro; pero la dulzura de la caridad nos hace ver en Dios el punto central de todas las cosas y de todas las relaciones; y el que mira desde este centro, todo lo ve y contempla con discrecion y caridad.

Con todo eso, estas máximas importantísimas de la doctrina de Cristo no deban extenderse mas allá de los límites que el mismo Salvador las señaló. Hay hombres que por su estado tienen el cargo de juzgar á los otros hombres; y los hay tan corrompidos, que si su conducta no fuese tan condenada, se convertiria en escándalo y vendria á ser un contagio. Vosotros pues que sois mis apóstoles, tenéis derecho y estais en la obligacion de hacer diferencia y discernimiento de aquellos con quienes ejercitais vuestro ministerio. La doctrina que yo os confío es santa; mis lecciones son perlas preciosas; son unos secretos de que no se debe dar parte indiferentemente á todo el mundo, pues no todos son capaces de entenderlos, y es

fácil contradecirlos mas que penetrarlos; ellos no pueden bastante estimarse; y así como no se entregan á los perros las cosas consagradas á Dios, ni se arrojan las piedras preciosas á los puerros, así no se han de anunciar esta suerte de verdades á almas bajas y terrenas, á hombres sucios como los animales inmundos ó furiosos como perros; ni á gentes llenas de ignorancia y malicia, que después de haber menospreciado vuestra doctrina y puesto debajo de sus piés lo que podeis decirles mas santo y venerable, se levantarán contra vosotros y no cesarán de desacreditaros con sus calumnias. Dos cosas, dice san Agustín [1], son las que impiden el que recibamos como debemos las cosas grandes y sublimes que la Iglesia nos enseña, á saber, el desprecio y el odio: lo primero se refiere á los puerros, lo segundo á los perros. Guárdese pues el ministro de la religion de descubrir los arcanos misteriosos al que no los comprende ni está en disposicion de comprenderlos; porque mejor busca aquel lo que para él está cerrado, que lo que le está abierto y patente; porque ó lo infecciona con el aliento pestífero de su odio como el perro, ó lo desprecia orgulloso como el puerco.

Esta contradiccion palmaria y manifiesta que Jesucristo anunciaba á sus apóstoles, no les dispensaba la obligacion que tenían de predicar el Evangelio por todo el mundo, y muchas veces á presencia de sus mas feroces é implacables enemigos; esto solo era prevenirles que no anticipasen el tiempo de declarar sus misterios á los hombres cuyas pasiones los hacian indignos de ellos, y cuyas preocupaciones los hacian incapaces, y como no queria que ninguno de los que enviaba pudiese excusarse con su ignorancia, ni con las dificultades y obstáculos que habian de encontrar para desempeñar cumplidamente su ministerio, les animó á que pidieran los socorros del cielo y la sabiduría de lo alto por medio de la oracion, alentándoles con la confianza de que recibirian los socorros y gracias necesarias para desempeñar la altísima mision de su apostolado. *Pedid*, les dijo, *y se os dará; buscad y encontrareis; llamad, y abriros han*. Pedid con fe y orando. Buscad con la esperanza y viviendo bien. Llamad con la caridad y la perseverancia. Porque eran ma-

[1] Div. August. lib. 2 de Serm. Dom. cap. 31 et 32.

yores, dice el Crisóstomo [1], los mandatos que se les habian dado, que las fuerzas humanas: los encamina el Maestro divino á Dios, para cuya gracia nada hay imposible, y les dice: *Pedid y se os dará*; para que lo que no podia consumarse por la fuerza de los hombres, tuviese cumplido efecto por la gracia de Dios; pues así como á los demás animales les proveyó de todo lo necesario, á los unos con la ligereza de sus piés, á otros con la velocidad de su vuelo, y á otros con la rapacidad de sus uñas, la fiereza de sus dientes y la fortaleza de sus cuernos, así dispuso también que el hombre, aunque dotado de razon y conocimiento, tuviese tan poca fortaleza y virtud, que siempre hubiese necesidad de acudir á su Dios y Señor.

Mas oportunas son las reflexiones que sobre estos pasajes del Evangelio hacen varios padres y doctores de la Iglesia. San Gerónimo [2] dice: Si al que pide se le da, y el que busca halla, y al que llama se le abre, claro es que aquel á quien no se da, que no halla y á quien no se abre, es porque no pide bien, ni busca, ni llama bien. San Crisóstomo añade [3]: Condénase el mal modo ó la negligencia del que pide, cuando no puede dndarse de la misericordia del que da. Y san Agustín concluye [4]: Jesucristo que nos enseñó á pedir, es el dador con su Padre; y si no nos quisiera dar, no nos exhortaría con tanto amor para que le pidamos. Averguéncese pues la pereza humana; mas quiere darnos aquel que nosotros recibir; mas deseos tiene de usar de misericordia, que nosotros de salir de la miseria. El que nos exhorta á que á él acudamos, por nuestro bien nos exhorta. Dispertémonos, démonos prisa, y toda vez que somos exhortados, creamos al que promete, roguémosle con perseverante confianza, para que nos alegremos cuando nos dé con abundancia, segun nos lo tiene prometido por la grandeza de su corazón.

Es sobre impía inhumana la opinion de los modernos refractarios que reprueba y condena la práctica de la oracion, diciendo que no tiene ninguna virtud ni merecimiento alguno para con Dios, y que

[1] Div. Crisost. Hom. 18 oper imperfect.

[2] Div. Hieronim. in cap. 7 Math.

[3] Idem. Ibid.

[4] Div. Augustin. Serm. 29 de Verb. Domini.

solo es provechosa al hombre y grata á Dios á título de acto de confianza y de elevacion de nuestro corazón á su divina Majestad, el cual no oye, dicen, nuestras súplicas, porque no necesita que le expongamos nuestras miserias; pero la práctica de todos los pueblos y de todos los hombres desde el principio del mundo condenó esa impiedad espantosa y blasfema: la Escritura santa nos recomienda la oracion, y el mismo Jesucristo nos la enseña con su doctrina y ejemplos.

Tres cosas empero deben concurrir en la oracion para que sea oída: la primera es que sea *pia y justa*; esto es, para pedir á Dios todas aquellas gracias y auxilios que son necesarios para conseguir la salud espiritual de nuestras almas, y lo que mas nos convenga para alcanzar la corporal: la segunda que sea *perseverante*; esto es, que no se interrumpa por algunos actos contrarios ó repugnantes á la misma oracion, porque no cesa de orar el que no cesa de hacer bien: la tercera es que sea *fervorosa*; porque si no está inflamado el corazón por la caridad, mal será oída del Dios de la caridad; y esto es lo que principalmente denotan aquellas tres palabras, *pedid, buscad, llamad*. *Pedid con piedad, buscad con perseverancia, llamad con confianza y fervor*; y concurrendo estas tres cosas, *se os dará, hallareis y se os abrirá*. Luego es necesaria la perseverancia para que recibamos lo que pedimos, para que hallemos lo que buscamos y para que se nos abra cuando llamemos. Con la repetición de estas palabras nos manifiesta el Señor que quiere seamos solícitos, molestos, importunos y hasta obstinados en el pedir, porque aquello que se pide para la salud y salvacion nuestra, no siempre se nos da luego que se pide, sino que se difiere para darlo después en el tiempo conveniente, y para que retardándose mas el dar, se estime mas el don cuando se dé.

En la oracion deben evitarse las distracciones, porque como asegera san Ambrosio [1], no oye Dios aquella oracion á la que no tiene el que ora toda su atencion. Dios quiere que le pidamos con fe lo que tiene prometido darnos, y por esto nos promete muchas veces antes de dar, para que la promesa excite mas nuestra confian-

[1] Div. Ambros. in cap. 11 Lucæ.

za y merezcamos por la oracion aquello que graciosamente habia determinado darnos [1]. Aunque Dios ve mejor que nosotros lo que necesitamos, nos ha iluminado acerca las necesidades de nuestra alma, y para satisfacerlas nos dió su único Hijo, y nos da el Espíritu Santo para que nos enseñe á orar y ore en nosotros. El espíritu ayuda nuestra flaqueza, dice san Pablo [2], porque nó sabemos orar como conviene; pero el mismo espíritu pide por nosotros con gemidos inefables. Jesucristo ruega tambien por nosotros y le tenemos por abogado á la presencia de su Padre, el que le oye por la reverencia que se le debe, y su amor paternal descendié entonces hasta nosotros y nos oye. David nos asegura [3] que el Señor está cerca de todos los que le invocan, de todos los que le invocan en verdad. Hará la voluntad de los que le temen, oí á su súplica y los salvará.

De la sublimidad de las doctrinas espirituales descendia con mucha frecuencia el Maestro divino á la vulgaridad de las cosas mas naturales, para hacer aquellas mas fáciles de comprender, y así lo hizo tambien en esta ocasion diciendo á sus apóstoles y discípulos: ¿Podreis dudar vosotros de que es muy cierto cuanto acabo de decir, siendo todo ello una cosa muy natural entre los hombres? ¿Quién hay entre ellos de corazon tan duro, que en vez de dar á su hijo el pan que le pide le dé una piedra, y que en lugar de un pez de que tiene gana le ponga en la mano una serpiente? Pues si esto lo hacen los hombres siempre inclinados al mal, que son menos padres para sus hijos que lo es para vosotros vuestro Padre celestial que está en los cielos, ¿no os ha de dar este los verdaderos bienes y los consuelos y dones que rendidos le pidais, si los pedís con fe, con perseverancia y amor, asegurados como debeis en el inefable cumplimiento de sus promesas?

Dios empero exige de nosotros una cooperacion muy particular para concedernos los dones que le pidamos, y la marcó su Hijo con hermosa precision cuando dijo: *Dad y se os dará*; por esto inmediatamente después de haber exhortado á sus discípulos á que deposi-

[1] Div. Bern. Hom. 4 super Evang. Misus est.

[2] Div. Paul. Ep. ad Rom. cap. 8, v. 26.

[3] Psal. 144, vs. 18 et 19.

tasen su confianza en la bondad de su Padre, les añadió: Así que, todo lo que quereis que hagan con vosotros los hombres, hacedlo vosotros antes con ellos; no les negueis lo que tienen derecho á pedir. Tratados como quereis ser tratados; hacedles bien si os quereis que os lo hagan: esto es lo que manda la ley, esto es lo que enseñan los profetas. Así cumplireis el primero y el mayor de los mandamientos, que es amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos; en esto se encierra toda la ley de los profetas, y con esta cooperacion de vuestra parte, bien podeis acudir á Dios en todas vuestras necesidades, sean las que fueren, que no serán vãos vuestros ruegos ni infructuosas vuestras oraciones. Todos los demás preceptos de la ley que ordenan las acciones del hombre y las dirigen al bienestar, reposo y felicidad del prójimo, no son sino como consecuencias legítimas de este gran principio de la caridad, y por esto dijo san Pablo [1]: No tengais otra deuda con nadie que la del amor que os debeis siempre unos á otros, puesto que quien ama al prójimo tiene cumplida la ley.

San Crisóstomo dejó correr su elegante pluma en la exposicion de estas palabras, y dijo [2]: En estas breves palabras comprendió el Señor todas las cosas que eran necesarias para afirmar nuestra fe y merecer nuestra salvacion; así conocemos claramente el deber que tenemos de hacer para todos los demás lo que queremos que hagan con nosotros. Grande precepto en el que todos se encierran, por esto dijo el Señor: *Esta es la ley y los profetas*; porque así como las innumerables ramas de un árbol proceden de una sola raíz y en ella se contienen, así tambien de este como de su raíz, parten todos los demás mandamientos y en él se contienen. Si de los otros pues deseamos recibir aquello que para nosotros es útil y conveniente, en gracia de la caridad y amor que les debemos, tambien para ellos hemos de hacer cuanto les sea necesario, útil y conveniente: esta es la ley y los profetas; solo así conseguiremos la salud y la salvacion eterna.

Suave es, no hay duda, el yugo del Señor, y muy ligera la carga

[1] Div. Paul. Ad. Rom. cap. 13, v. 8.

[2] Div. Crisostom. Hom. 18 Oper. imperfec.

que nos impone, pues está reducida y compendiada en una regla tan breve. Pero ¡cuán raros son los hombres que la observan! Durísima se les hace la ley, pesadísima la carga. Yo no sé, añade el mismo Crisóstomo, si hoy será fácil encontrar un solo hombre que la observe: ¡Oh ley suave y dulce! Solo el legislador infinitamente sabio podía dictarte y darte á los hombres. *Todo lo que queréis que hagan por vosotros los hombres, tenéis un deber de hacer por ellos.* Nada mas justo, pero nada mas olvidado ni despreciado.

No se le ocultaba al Salvador la grande resistencia que habian de oponer los hombres á la práctica de esta saludabilísima é importante máxima, y por esto les anunció que debian hacerse violencia combatiendo en su propio corazon las pasiones que la contrarian. *Entrad, les dijo, por la puerta angosta; haced para eso todos los esfuerzos posibles é imaginarios, que asi es menester para abrazar una forma de vida evangélica que enflaquezca y debilite al hombre carnal. La puerta ancha y el camino espacioso conducen á la perdición, y son muchos los que entran por él. La puerta angosta y el camino estrecho conducen á la vida; pero ¡cuán pocos son los que la hallan!* Digna es de notarse la palabra con que Jesucristo presenta á sus apóstoles esta doctrina. *Esforzaos*, porque el reino de los cielos no se alcanza sino haciéndose el hombre una gran violencia; forcejad para entrar por la puerta estrecha, porque no puede lograrse sino trabajando con grandes esfuerzos para que el hombre terreno se haga ciudadano del cielo. La lucha continuada para lograr tan alto fin es buena y santa; ella era la que alentaba los antiguos pobladores de la Tebaida y de la Palestina y les presentaba como dulces todas las privaciones y penalidades del desierto. Mas hoy en el mundo se esfuerzan y luchan los hombres por cosas muy distintas y ajenas de la profesion de los cristianos. Hoy se dirigen todos sus esfuerzos y conatos á adquirir la superioridad y primacia sobre todos los demás; en amontonar riquezas y tesoros; en satisfacer todas las pasiones y deseos de su corazon; en llevar á cabo todos los instintos de la venganza, y en entonar himnos de servil adulacion á quien en la tierra puede favorecerle, despreciando enteramente á Dios y blasfemando de su providencia.

Después que nos dice el Salvador que nos esforcemos y trabajemos para entrar por la puerta estrecha, nos da la razon por qué debemos hacerlo; ella conduce por un camino estrecho y sembrado de espinas á la vida y á la salvacion eterna y la puerta ancha y el camino espacioso conducen á la muerte y á la perdicion eterna; y sin embargo, son muchos los que entran por esta puerta y siguen este camino y pocos los que siguen aquel y entran por la puerta estrecha. Violentaos pues y forcejad para entrar por ella, porque ayunar, velar, mortificar la carne, domar sus apetitos, refrenar sus pasiones, privarse de los deleites de la sensualidad, negar su voluntad propia y sujetarse enteramente á la ajena, renunciar al mundo y á todos sus halagos, honores y gloria para abrazar la cruz de Jesucristo y seguir todos sus pasos; ser humilde hasta con los inferiores, obedecer aun á los indiscretos, sufrir con paciencia las injurias; perdonar los agravios, haced bien y rogar por los mismos enemigos, ¿já quién no parece arduo, estrecho y espinoso este camino? Pero ef comer, beber, glotonear, descansar en blanda y mullida cama, satisfacer todos los apetitos y exigencias de la carne, dar rienda suelta á las pasiones, mandar á todos y á nadie obedecer, enriquecer á costa del prójimo, entregarse á los impetus de la venganza y llenar los caprichos de una voluntad ambiciosa sin contradiccion de ninguna clase, ¿já quién no parece este camino encantador y ameno? Mas ¡ah! que por este camino ancho caminan muchos; por el estrecho viajan pocos.

Pero ¡qué es lo que haces, oh hombre? Qué es lo que hablas? ¿Qué es lo que piensas? Se te ha mandado entrar por la puerta angosta y caminar por el camino estrecho; ¿por qué te afanas en buscar en este mundo sosiego y descanso, felicidad y abundancia, goces y placeres? ¿No sabes que no pueden hallarse en los caminos sembrados de espinas? Si este es estrecho, ¿por qué buscas en él anchurosos espacios para recrearte? ¿Puede haber alguna cosa peor que buscar esta permutacion? ¿Puede darse mayor perversidad que el desearla? Los que sirven á los principes de la tierra solo quieren saber si sus servicios serán bien recompensados, y seguros de que lo serán, ya no rehuyen ningun trabajo, no evitan ningun peligro, ninguna bajeza excusan ni se niegan á ningun oficio, por

bajo y servil que sea. Con gusto emprenden penosas peregrinaciones á lejanas y extrañas tierras, y con la esperanza del premio sufren alegres la mudanza de climas, los peligros espantosos de los mares, los improbos trabajos, los desprecios y hasta los tormentos con que los molestan y adigen los rivales y enemigos de su príncipe y rey. Ni temen ser defraudados en la miserable esperanza que concibieron, ni una muerte prematura al visitar un país que desconocen, cuyo clima puede ser sobremanera contrario; tampoco les detiene ni arredra la separacion de sus esposas, la privacion de sus hijos, ni el alejarse tal vez para siempre del país que les vió nacer y de la patria que tanto aman; sino que inflados por la ambicion y la codicia, obran como dementes furiosos y frenéticos sin sentir ningún trabajo, sin probar ninguna pena en su corazón. Nosotros, empero, que no buscamos las riquezas perecedoras de la tierra, sino las permanentes del cielo, las que no puede ver el ojo del hombre, ni su mano tocar, ni su entendimiento comprender, y que para alcanzarlas debemos estar dispuestos á sufrir todos los trabajos del mundo, no debemos preguntar por el sosiego y descanso en la tierra.

¡Oh! cuanto mas miserables somos, mas flojos y débiles que los sectarios, paganos é infieles. ¿Qué dices, ¡oh hombre! qué haces? ¿te preparas para escalar y subir al cielo, para invadir aquel reino, y preguntas si te ha de ser muy áspero y dificultoso el camino? ¿Y no mueres de confusion y vergüenza? ¿Y no vas á esconder tu debilidad y miseria en las entrañas de la tierra? Aunque para conseguir tanto y tan grande bien te sucediesen todos los males, aunque para lograrlo te amenazasen todos los peligros, asechanzas, injurias, ignominias, calumnias, puñales, hierro, bestias, fuegos, precipicios, hambre, sed, enfermedades y cuantas calamidades y desgracias pueden imaginarse y decirse, todo debía parecerte ridículo y despreciable á trueque de conseguir tanto y tan grande bien. Si esto temes, ¡oh hombre! sabe que este es un medio propio de un ánimo afeminado, envejecido en el crimen y en la iniquidad. El que desea subir al cielo, no debe pensar ni buscar descanso en la tierra, siempre ha de estar en continua vela, siempre en una lucha continuada, y todos los peligros, males y calamidades de la tierra, risa,

quimeras y sombras vanas deben parecerle. Hasta aquí san Crisóstomo [1].

Es innegable que del fondo de nuestro corazón nace una resistencia tenaz á obrar todo lo bueno, y cada vez nos alejamos mas de Dios, aguijoneados por el instinto feroz del pecado que nos compele y domina; por lo que decia san Pablo á los romanos [2]: Bien conozco que nada de bueno hay en mí, esto es, en mi carne, pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla. Y mas adelante les decia [3]: Los que viven segun la carne, se saborean con las cosas que son de la carne, y los que viven segun el espíritu gustan las que son del espíritu. La sabiduría ó prudencia de la carne es una muerte en lugar de que la sabiduría de las cosas del espíritu es vida y paz; por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, como que no está sumisa á la ley de Dios, ni es posible que lo esté siendo contraria á ella.—Así que, hermanos míos, somos deudores no á la carne para vivir segun la carne, sino al espíritu de Dios. Porque si viviereis segun la carne, morireis; mas si con el espíritu haceis morir las obras de la carne, vivireis.—Pues yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos ó penas de la vida presente no pueden compararse con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros. Por lo tanto, aunque sea estrecha la puerta y angosto y espinoso el camino que conduce á la vida, parecerá y será en verdad muy ancho y espacioso para los que mirando solo al cielo, ven dilatarse su corazón con la esperanza de la gloria futura; y será angosta la puerta y sembrado de congojas y penas el que conduce á la perdicion, porque el corazón se estrecha y amortigua con la idea de la poca duracion de los bienes de la tierra y de las inmensas dificultades que siempre al hombre se presentan para satisfacer cumplidamente todos los deseos de su alma.

Estas condiciones obligan al grande Crisóstomo á continuar diciendo: Si molestas, pesadas y de inmenso trabajo te parecieren las cargas que Jesucristo te impone, entiendo que por su amor las re-

[1] Div. Crisostom. De Via lata et porta Augusta, Hom. 24 in Math.

[2] Div. Paul. Ad Rom. cap. 7, v. 18.

[3] Id. Ib. in cap. 8, vs. 5, 6, 7, 12, 13 et 15.



cibes y llevas, y entonces te parecerá ligero y muy alegre lo que antes se te figuraba pesado y triste. Si este pensamiento nos ocupara siempre, nada nos sería molesto, sino que al contrario, toda penalidad nos serviría de gozo; el trabajo no nos parecería trabajo, sino que cuanto mas penoso fuese, tanto mas nos sería dulce y satisfactorio. Cuando asaltase pues tu espíritu el deseo de los goces de la tierra y la costumbre de pecar te sitiaso mas terriblemente, habla entonces con mas ardor á tu alma y dila: ¿Estás triste porque te defraudo y cerceno los deleites y goces del cuerpo? mejor debías alegrarte porque con este fraude piadoso y justo te proveo de lo necesario para alcanzar el reino de los cielos. Advierte que no trabajas tú por el hombre, sino por Dios. Aléntate, sufre un poquito mas, espera un instante y verás qué estímulo tan inmenso de bienes se te está preparando. Aprende á sufrir con magnanimidad y constancia las tribulaciones de la vida, y te alegrarás después con la infinita liberalidad de Dios. Si estas máximas inculcamos siempre á nuestra alma, prontamente arrancaremos de ella todos los vicios. Una sola cosa exige Dios de nosotros, y es que vivamos en continua guerra con nuestros capitales enemigos, porque lo son tambien del Señor; y que por el honor del Rey eterno, del Rey inmortal de los siglos, y por nuestra propia salud, todas las penalidades recibamos con gusto, y arrostremos con placer todos los peligros. Si esto le ofreciéremos, él consumará todas las batallas y luchas que nosotros emprendiésemos y hará que nos parezcan leves, llevaderas y muy amables cuantas cosas juzgamos ahora tan insoportables é imposibles. Mientras permanecemos envueltos entre los vicios, áspera y difícil nos parece la práctica de la virtud; mas luego que arrojamos la pesada carga de aquellos, apetitosas y dulces nos parecen todas las virtudes. Y Séneca no titubeó en afirmar que algunas cosas nos parecían muy difíciles porque no nos atrevíamos á emprenderlas; pero luego que las acometíamos nos parecían haceraderas y muy fáciles.

Nótese, empero, bien que dijo Jesús que eran pocos los que entraban por la puerta angosta y seguían el camino estrecho; y para que no creyésemos que los herejes y hombres perversos que falsamente aparentan seguir el camino de las virtudes no nos enga-

ñasen con facilidad persuadiéndonos que eran ellos del número de los pocos, añadió: *Vivid alerta y cuidad mucho de no dejaros engañar por los profetas falsos y doctores hipocritas.* Ellos os mostrarán caminos fáciles y os querrán perder por ellos. Guardaos bien de ellos, que vienen á vosotros con la mansa piel de las ovejas y en su exterior y fondo son lobos carnívoros y robadores. En su exterior aparentan sencillez y verdad y en la realidad son maestros de la mentira y del engaño, y bajo un bello exterior ocultan una doctrina que mata; son maestros y directores detestables, enseñan perniciosas máximas y recomiendan el camino ancho que conduce al infierno; y para que no nos sorprendan, nos da luego las señas para que los podamos conocer.

Cúbrense, nos dice, con la piel de la oveja para entrar con salvo-conducto en el baño de Jesucristo, para cebarse y encarnizarse después contra él. Cúbrense con el manto hermoso de la verdad y de la virtud conservando en su interior la mas feroz crueldad; y así mezclados entre las ovejas introducen primero entre ellas la division y el cisma, y así separadas y desunidas las persiguen á su placer, las destrozan y las matan.

El precepto de guardarnos de los falsos profetas es gravísimo, y para cumplirlo estamos obligados á averiguar quiénes son, y no como quiera, sino de suerte que no quede de ello la menor duda. Es innegable que este escrutinio sería muy arduo y difícil si el Salvador no nos diese dos señales infalibles para distinguir las ovejas de los lobos encubiertos con la blanca piel de aquellas. La primera es examinarlos, no por su doctrina, que es lo que en ellos hemos de indagar, ni por sus acciones particulares, por especiosas que sean, pues con ellas pueden alucinar á los incautos y sencillos, sino por sus frutos, que son los efectos de su doctrina, siempre funestos y detestables. Así como de un árbol se hace juicio no por la frondosidad de sus hojas, sino por la bondad de sus frutos, así tambien se conocen los hombres, no por la dulzura de su locuacidad, sino por la belleza de sus virtudes. Ninguna herejía se levantó jamás ni cisma alguno se suscitó en el seno de la Iglesia católica, que no se haya presentado vestido con los hermosos atavíos de la virtud, de la pública felicidad y de la paz universal; siendo así que siempre

han introducido el desorden entre los miembros de la Iglesia, la discordia en las familias, la guerra en las naciones, la desolacion en las provincias, la calumnia, la pobreza, el robo, el saqueo, la violencia, todos los horrores, la muerte y la sangre en todo el universo; y otro tanto se ha visto en los errores contra la moral evangélica, con los cuales, envenenado el corazon de los pueblos, han caído en el desvario de canonizar la senda ancha de la perdicion reprobada por Cristo. ¿Qué diremos de la política irreligiosa sobre que algunos pretenden ahora con nuevo celo fundar la felicidad pública? Por los frutos amargos para los reyes y los pueblos que se están cogiendo de este nuevo plan, conoceremos las manos hipócritas que lo extendieron y quieren llevarlo á cabo. A pesar de su afectacion, de su disfraz y fingimiento, ya van descubriendo lo que son.

Falso profeta es aquel que predica y promete una cosa y cuando conviene á sus maquinaciones y designios la quebranta [1] y así engaña á los hombres. La carne es un profeta falso que promete seguros deleites y solo da eternas aflicciones. El mundo es otro profeta engañador que para que le sigamos nos promete bienes y felicidades y solo nos proporciona la desgracia y miseria sin fin. Y el demonio es otro tercer profeta mentiroso é hipócrita, que inspirándonos pensamientos de soberbia nos prometió elevacion y grandeza y solo nos acarrea la mas penosa é interminable de todas las humillaciones. Con facilidad el espíritu de las tinieblas se transforma en ángel de luz para seducimos y engañarnos; por lo que nos avisa san Juan [2] diciendo: *Queridos míos, no queráis creer á todo espíritu, sino examinar los espíritus si son de Dios ó siguen su doctrina, porque se han presentado en el mundo muchos falsos profetas.* Muchos vendrán á vosotros para engañaros, aparentarán religion en vuestra presencia, y no tendrán ninguna; vestirán un traje humilde como los ministros de justicia, y serán extremadamente injustos; manifestarán hacer fervorosas y prolifas oraciones, y meditarán vuestra ruina; fugirán mansedumbre, ostentarán humildad, blasonarán de misericordiosos, hablarán con blandura, y serán interiormente y en la voluntad de engañaros, lobos rapaces y

[1] Div. Hilar. Can. 9 in Math.

[2] Div. Joann. Ep. 1.º cap. 4, v. 1.

devoradores; no deis crédito á estos halagos y simulaciones, antes bien guardaos de ellas. Nada lastima tanto á los buenos ni les hace una guerra mas cruel, como la simulacion y el engaño; el mal encubierto no se ve ni se teme [1].

Acaso, continuó Jesús, *¿pueden cogerse uvas de los espinos ó higos de los abrojos? por sus frutos los conoceréis.* Las palabras manifiestan y dan á conocer las ideas del entendimiento; las obras las afecciones del corazon. Si aplicamos esta regla á los filósofos mundanales y pesamos y medimos sus obras con el barómetro que nos da san Juan, desde luego conoceremos que no es de Dios el corazon que da los frutos del mundo, ni tampoco lo es el entendimiento que solo concibe ideas contra Jesucristo y su Iglesia. La filosofía carnal y terrena, poseída de un odio infernal contra la religion adorable del Crucificado, concibió la diabólica idea de humillarla y destruirla, y para lograr sus intentos se cubrió con el manto regio de la religion misma é intentó su reforma; y con ella le hace una perpetua guerra y emplea todas sus armas y ardides para acabarla. ¿Puede darse mayor iniquidad? Estas ideas dicen que el entendimiento no es de Dios, así como tampoco lo es el corazon cuyos frutos son la impureza, la impaciencia, el odio, la venganza, la discordia, la envidia y todos los vicios; porque los frutos del corazon que es de Dios, son la caridad, castidad, paz, modestia, paciencia, longanimidad, continencia, etc., porque estos son los frutos del Espíritu de Dios.

Todo buen árbol produce buenos frutos y el árbol malo los produce malos. Ni aun es posible que un árbol bueno mientras es bueno produzca frutos malos y corrompidos, y que el malo mientras es malo los dé sazonados y saludables; por esto el árbol malo será cortado y arrojado al fuego. Así el hombre bueno da buenos frutos, porque los da del tesoro bueno de su corazon, esto es, de la buena intencion y voluntad que en él residen, y el hombre malo los da malos porque tienen mala voluntad é intencion. Lo mismo es, dice Beda, el tesoro del corazon del hombre que la raíz del árbol [2]; y así como de esta salen los frutos que el árbol da y salen buenos

[1] Div. Crisost. Hom. 19 oper imperfect.

[2] Ven. Bed. in cap. 6 Lucae.

nos si la raíz está sana y malos si la raíz es endeble y enfermiza; así también de un corazón sano y virtuoso salen frutos de virtud y santidad, y de un corazón enfermizo y corrompido por el pecado no pueden salir sino frutos amargos y pestilentes: el fin de este corazón será el fuego eterno, así como el del árbol malo será el fuego material de este mundo. La raíz del árbol bueno es la voluntad informada y regada con el rocío de la divina gracia; las hojas nos los pensamientos puros y castos, las flores son las palabras llenas de unción y virtud y los frutos son las buenas obras hechas en caridad. Pero la raíz del árbol malo es la voluntad destituida de la gracia de Dios, cuyas hojas caen, cuyas flores se marchitan y cuyos frutos se pudren y corrompen [1]. De la abundancia del corazón salen los pensamientos, las palabras y las obras; si aquel es sano, todos sus frutos serán sanos; pero si es malo, todos serán malos. ¡Corazón malo y que das malos frutos, qué otra cosa puedes esperar sino el fuego eterno!

Árbol que no da buen fruto, es el desidioso, que se contenta con no cometer maldades y no procura hacer buenas obras. ¿En qué muestra pertenecer á Cristo el que no vuelve á Dios por medio de la caridad los dones que recibe de su misericordia? Si te descuidas hoy en dar fruto de virtud, acaso no podrás mañana; y nota bien que por la sentencia del supremo Juez serás separado de la compañía de todos los buenos y del número de los fieles, y la ejecución de la sentencia será encargada á los ángeles ministros de la justicia del Señor, por cuyo ministerio serás entregado al eterno fuego. Advierte que el mismo Jesucristo manda arrojar á él, no solo á los que obraron mal, sino también á los que dejaron de hacer el bien: *Id, les dice, malditos, al fuego eterno; tuve hambre y no me disteis de comer; sed y no me diste de beber.* Así que, la desidia en obrar el bien manifiesta un corazón estéril é infructuoso. Los frutos que da el corazón son la contrición, la meditación de los preceptos divinos, la reminiscencia de los beneficios de Dios, la memoria de la muerte y la compasión para con el prójimo. Los frutos que da la boca son la oración, la predicación, la acción de gracias, el con-

[1] Div. Agustín. lib. 1 de liberoarbi trio.

sejo que se da al que lo necesita, la corrección del que yerra y la instrucción del que no sabe. Los frutos de las obras son la penitencia, la limosna, la obediencia y la tolerancia en sufrir las injurias que recibimos del prójimo. Y aun para que no nos engañemos alguna vez al ver estos frutos en la mano ó en la boca de los malvados, nos da el mismo Jesucristo una regla infalible. *No todos los que me dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.* No juzga Dios el corazón por las palabras, sino por las obras. La confesión de la fe sin las obras, no basta para conseguir la salud; porque es fe muerta, así como la de aquellos que confiesan á Dios con la boca y le niegan con los hechos. Y en verdad, ¿de qué sirve decir con la boca, Señor, Señor, si el corazón está muy distante de Dios? ¡Hipócritas! bien retratados por Isaías cuando en nombre del mismo Dios dijo: Este pueblo me honra con sus palabras, pero su corazón está muy distante de mí. Sobre lo que dice san Agustín [1]: ¡Por ventura no será Dios el Señor aunque nosotros no le digamos Señor, Señor? Reconocerle por Señor es amarle y creerle con el corazón, confesarle con la boca y testificarle con las obras, porque lo uno sin lo otro es negarle. El que le llama Señor y no le obedece, se burla de él; esos no buscan á Dios ni le sirven de veras. ¡Oh, cuánto se ve de esto en el centro mismo de la cristiandad! Siervos que hablan mucho y trabajan poquísimo, domésticos de la fe que se consuelan con los hombres y no se acuerdan de Dios; estos no serán contados en el número de los escogidos, y serán de aquellos que en el día mas notable y famoso, terrible para los impíos, suspirando por los justos; en el día del juicio, cuando, según san Crisóstomo [2], hablarán los corazones y callarán las bocas; cuando no se preguntará á las personas, sino que se escudriñarán las conciencias; cuando no habrá testigos aduladores, sino ángeles veraces, dirán también: Señor, Señor, ¿por ventura no profetizamos en tu nombre? ¿no fuimos revestidos de vuestra autoridad para explicar á los hombres los misterios de nuestro Evangelio? No hemos predicado la verdade-

[1] Div. August. Serm. 182, de temp.

[2] Div. Crisostom. Hom. 25, in Math.

ra fe? Con la invocacion de vuestro nombre y en confirmacion de vuestra doctrina, ¿no curamos los enfermos, lanzamos los demonios, é hicimos otras muchas obras milagrosas? ¿Por qué pues ahora, Señor, nos eres contrario? ¿Por qué nos arrojas de tu presencia? ¿Por qué nos has preparado un fin tan desastroso que nosotros no supimos preveer?

El Juez supremo, en cuyo rectísimo y severo tribunal no tienen entrada las apelaciones ni excusas, rechazará con indignacion estas frívolas respuestas, y les dirá: Nada tengo que agradeceros, ni tomar en cuenta para vuestra salvacion eterna los milagros que obró mi Padre por vuestro medio á la invocacion de mi nombre; no para dar testimonio de vuestras falsas virtudes, sino para autorizar vuestras palabras contra la perversidad de vuestras mismas costumbres. Yo no os conozco; jamás os he mirado como á discipulos y siervos míos; nada hay en vosotros que merezca mi aprobacion, ni nada tengo que premiaros, *lejos de mí, obradores de la iniquidad*. No dice el Señor *lejos de mí los que obrásteis*, sino los que obrais la iniquidad, para que no se crea que excluye tambien los que la obraron é hicieron penitencia, sino los obradores, ó lo que es lo mismo, los que la obrais; esto es, los que hasta la hora presente, habiendo llegado ya el dia del juicio, aunque no tengais ya la facultad de pecar, conservais sin embargo el afecto; porque los malvados, después de la muerte, no dejan de ser malvados, y aunque no pueden pecar, no pierden por esto la facultad de hacerlo [1]; pues la muerte separa el alma de la carne, pero no muda de propósitos.

¿Qué diferencia tan notable hay entre la solidez y precision de este famoso discurso del Salvador y los de los profetas falsos y herejes? Estos nos desvian del camino de la verdad y nos introducen en la senda de la perdicion, al paso que los de aquel nos esclarecen las grandes obligaciones del cristianismo, nos dan á conocer el poder de la religion augusta, la corrupcion y debilidad de nuestra naturaleza, y nos aseguran y nos demuestran, como dice san Pablo [2], que Jesucristo nos fué dado por Dios su Padre para

[1] Idem. Ibid.

[2] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corint. cap. 1, v. 30.

ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion. Por esto mas de una vez las repitió á sus apóstoles como que habian de serles muy necesarias en el ejercicio de sus funciones, y echó á ellas el sello con una parábola muy fácil de entender; con la que les demostró, que cuando el árbol de la virtud no echaba sus raíces en la tierra de la humildad, sino en el lodo corrompido del amor propio, no podia dar los frutos sazonados que eran de esperar, sino los corrompidos que siempre produce la soberbia; y que para levantar la suntuosa fábrica de su religion, convenia colocarla sobre un cimiento tan sólido, que estuviese á prueba de los mayores y mas furiosos embates, sin que pudiese ser derribada por los mas horribles sacudimientos.

Todo aquel pues, continua el Salvador, que oye las palabras que os acabo de decir y las cumple, se asemejará á un varon prudente que edificó su casa sobre piedra, esto es, sobre Cristo; porque hará todas sus obras por Cristo con pureza de corazon y rectitud de intencion, y así cumplirá con la plenitud de la ley evangélica, que es la caridad que está en el mismo Jesucristo; y sobre él se afirma no el que oye las palabra de la ley, sino el que cumple sus preceptos. Y así como aquel es la piedra angular que une los extremos mas opuestos y distantes, porque une el cielo y la tierra, la divinidad y la humanidad, así el hombre une por Cristo en su corazon el amor de Dios y del prójimo, y cumple con la ley y los profetas. Viene después la lluvia; esto es, la tentacion carnal de la lascivia y de la concupiscencia; salen de madre los rios mundanales de la codicia y avaricia; soplan los impetuosos vientos de la vanidad y los huracanes de la soberbia; y por la impetuosidad é importunidad de las tentaciones se arrojan con ímpetu sobre aquella casa, esto es, sobre aquel suntuoso edificio de virtudes levantado sobre el sólido cimiento de la religion de Cristo; y como está fundado sobre esta piedra solidísima por la fe, la esperanza y la caridad, no bambolea ni sucumbe. Por el contrario, aquel que oye mis palabras sin aprovecharse de ellas, el que escucha mis máximas sin practicarlas, es parecido á un hombre fatuo que edifica su casa sobre arena, cayó la lluvia y vinieron los rios, y soplaron los vientos, y se precipitaron sobre aquella casa, se arruinó, y su ruina fué grande. Si, dice el

Crisóstomo [1], fué grande, porque fué la ruina y la desgracia eterna del alma, creada á imagen y semejanza de Dios; comprada y redimida con la sangre del Hijo de Dios, y santificada con la gracia y amor del Espíritu de Dios; y no fué de cosas pequeñas, sino que ocasionó los suplicios y penas eternas, y la eterna pérdida del reino de los cielos. Y el venerable Beda añade: Es patente y manifiesto que acometiendo cualquier tentación, los malos al instante se hacen peores, hasta que llegan al extremo y se precipitan para siempre en el fuego eterno [2].

Acabado este tan precioso discurso, tan sencillo como grave, pero pronunciado con tanta majestad y grandeza que los oyentes no pudieron menos de quedar tan sobremañera admirados, que estaban como extasiados y fuera de sí al contemplar la superioridad y excelencia de las doctrinas del Salvador, sobre las de los doctores y escritas; y que les enseñaba, como Maestro divino, cuya autoridad era infinitamente superior á la de todos los hombres, bajaban del monte en compañía de Jesús y le seguían con la mayor humildad y rendimiento. Contempla pues al Señor, concluye el Crisóstomo [3], con cuánta afectuosa benignidad habla á sus oyentes y les induce á la práctica de las virtudes. Contempla la admiración de las turbas, que se sobreogían de pasmo al reconocer su grande potestad, porque no les imponía y daba sus preceptos como una segunda persona que recibía de otra su misión, como lo habían dicho Moisés y los profetas; sino que manifestaba claramente que era el solo el que tenía autoridad de mandar y sancionar en su propio nombre los preceptos y leyes que les imponía, mostrando ser el supremo y severo Juez que en el día terrible los había de premiar ó castigar; y contempla en fin la reverencia y humildad de los discípulos; la afectuosa atención con que le miran, la admiración con que escuchan su encantadora doctrina, la prontitud con que la aprenden y cumplen; y la alegría con que gozan de la amable presencia de tan divino Maestro, pues era el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres y la gracia se veía esparcida por sus labios.

[1] Div. Crisostom. Hom. 25 in Math.

[2] Ven. Bed. in cap. 6 Lucæ.

[3] Div. Crisostom. Hom. 25 in Math.

[1], y con estas consideraciones, alégrate tú tambien, figurándote que le ves y oyes como aquellos, obedécele como ellos, síguelo con prontitud, y no dudes que siguiendo al que es el camino, la verdad y la vida, conseguirás la eterna.

#### ORACION.

Señor mio Jesucristo, que nos enseñaste á usar de misericordia con todos, y á no juzgar á nadie temerariamente: concédeme la gracia de que cumpla con fidelidad lo que enseñaste, para que cuanto yo haga sea digno de tu agrado. Tú nos exhortas á que oremos, y es sin duda porque estás pronto á darnos cuando siempre nos dices que roguemos. Pido pues porque lo mandas, busco porque así lo quieres, llamo porque lo previenes. Tú que me haces pedir, haz que reciba; tú que me dices que busque, haz que halle; y tú que me mandas llamar, ábreme para que entre; y ya que solo de tí espero lo que deseo, de tí solo lo consiga. Concédeme tambien que por el estrecho camino de la justicia y la puerta angosta de la penitencia, entre en los palacios eternos de la gloria; que evite la falacia de los que desean engañarme; que imite la simplicidad y la inocencia de aquellos que te sirven y aman; que los afectos de mi corazón estén fijos siempre en el cielo y jamás en la tierra, para que te sea fiel no solo de palabra, sino con el fruto de las buenas obras; y con los que perseveran en la fidelidad y la justicia eternamente te alabe. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo se halla repartida en todo el capítulo VII del Evangelio de san Mateo. En el XI de san Marcos, versículos 24, 25 y 26. En el XI de san Lucas, desde el versículo 5 hasta el 13, ambos inclusive. En el VI del mismo evangelista, desde el 36 al 49, y en el XIII desde el 23 al 27, todos inclusive.

La Iglesia usa de una parte de estos Evangelios en los dias siguientes: del capítulo VII de san Mateo desde el versículo 15 al 21, en la misa de la dominica VII después de Pentecostés.

[1] Psal. 44, v. 2.

Del capítulo VI de san Lucas en la dominica 1.ª, también después de Pentecostés, desde el versículo 36 al 42.

Del capítulo XI del mismo en la misa de las letanías mayores y en la votiva *contra paganos*, desde el versículo 5 hasta el 13.

Y en la votiva *pro remissione peccatorum*, desde el versículo 9 hasta el 13, todos inclusive. Unos y otros dicen así:

*Nota.* Para evitar repeticiones siempre molestas é inoportunas, se transcribirán solamente los Evangelios de las misas que se han citado.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA VII DESPUES DE PENTECOSTES.

*San Mateo, capítulo VII, vs. 15 al 21.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces; por sus frutos y obras los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo da malos frutos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Por sus frutos pues los podéis conocer. No todo aquel que me dice, ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

EVANGELIO DE LA MISA DE LA DOMINICA I DESPUES DE PENTECOSTES.

*San Lucas, capítulo VI, vs. 36 al 42.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Sed misericordiosos, así como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no sereis ser juzgados; no condeneis y no sereis condenados. Perdonad y sereis perdonados. Dad, y se os dará y se os clarará en el se-

no una buena medida apretada y bien colmada hasta que se derrame. Porque con la misma medida con que midiéreis á los demás se os medirá á vosotros. Proporcionales asimismo esta semejanza: Por ventura, ¿puede un ciego guiar á otro ciego? ¿No caerán ambos en el precipicio? No es el discípulo superior al maestro; pero todo discípulo será perfecto como sea semejante á su maestro. Mas tú, ¿por qué miras la mota en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que tienes en el tuyo? ¿O cómo puedes decir á tu hermano, déjame sacarte la mota de tu ojo, no reparando en la viga que tienes en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y después podrás ver cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano.

EVANGELIO DE LA MISA EN LAS LETANIAS MAYORES Y EN LAS VOTIVAS *contra paganos*, y *pro remissione peccatorum*.

*Capítulo VI de san Lucas, vs. 5 al 13.*

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo é irá á él á media noche y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque acaba de llegar de viaje un amigo mio y no tengo que ofrecerle; y el otro respondiese de adentro diciendo: No me molestes; la puerta está ya cerrada y mis criados están como yo, acostados; no puedo levantarme á dártelos? Y si el otro perseverare llamando á la puerta, dígoos que ya no se levantara á dárselos por ser su amigo, es cierto que por librarse de su impertinencia se levantaria al fin y daria cuantos panes hubiese menester. Dígoos pues á vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llame se le abrirá. Que si alguno de vosotros pidiese pan á su padre, ¿por ventura le dará él una piedra? O si pide un pez, ¿por ventura le dará una serpiente? O si pidiese un huevo, ¿por ventura le dará un escorpion? ¿Pues si vosotros siendo malos sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, cuánto mas vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno á los que se lo piden?